

3

LA NUEVA DERECHA Y LA NORMALIZACIÓN DEL NAZISMO Y DEL FASCISMO

Carapanã

Brexit. Donald Trump. La extrema derecha gobierna Polonia y Hungría adoptando una retórica y políticas que contribuyen para transformar a socialistas, liberales, musulmanes e inmigrantes en enemigos del Estado. Coaliciones con partidos de extrema derecha gobiernan Austria e Italia que ocupan ministerios y posiciones estratégicas en esos gobiernos. En Brasil, la carrera presidencial está liderada por un político condenado, que seguramente será declarado inelegible, seguido por un candidato que elogia a torturadores y asesinos y defiende el legado de los veinte años de la dictadura militar.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Esta pregunta se plantea en los grandes periódicos y en otros espacios de los medios de comunicación tradicionales y las respuestas son muy diferentes. Me-

dios liberales de EE.UU., como *New York Times*, publican artículos desde 2016 a los «electores de Trump» además de columnas de opinión que en ocasiones culpan al elitismo y la soberbia de las «élites liberales» norteamericanas por el ascenso del «populismo de derechas». Tales artículos se centran exclusivamente en cuestiones que giran alrededor de las políticas identitarias y de las llamadas guerras culturales y casi nunca abordan cuestiones como austeridad, precarización del trabajo y el abandono de una agenda más amplia de justicia social por parte del Partido Demócrata.

Una historia parecida se repite en Europa, donde, después del *thatcherismo* y la caída del Muro de Berlín, muchos partidos de izquierda se desplazaron hacia el centro. Las derechas nacionalistas europeas ocupan los espacios dejados por partidos socialistas y comunistas, con políticas que mezclan conservadurismo social, nacionalismo étnico y Estado de bienestar.

En América Latina y Brasil existe un escenario de agotamiento de la Marea Rosa, en la que gobiernos de izquierda, de carácter progresista, estuvieron al frente de muchos países de la región desde el inicio de siglo. Parte del antipetismo organizado en el proceso del *impeachment* se radicalizó progresivamente desde 2015, dejando de lado las ilusiones de que el Poder Judicial podría resolver los problemas del sistema político y pasando a apostar por los militares como heraldos del orden –lo que naturalmente vino acompañado de la defensa de un supuesto legado positivo de la dictadura militar–.

En el escenario mundial, se habla en una «recesión democrática» en la cual poblaciones desencantadas con la democracia liberal de las últimas décadas se vuelven hacia los partidos autoritarios

de derecha. Mucho se ha dicho sobre la derecha alternativa, la *alt-right*, y cómo ella fue instrumental para la campaña de Donald Trump en 2016 y también responsable de ayudar en la consolidación de una radicalización del Partido Republicano que empezó con el *Tea Party*, un movimiento conservador de la Era Obama cuya principal agenda sería, supuestamente, reducir las elevadas cargas tributarias de EE.UU.

Más que un movimiento espontáneo, el giro a la derecha en el escenario global se da por medio de agentes, y se gesta a plena luz del día. Los contextos de EE.UU, Europa y América Latina son muy diferentes, como también lo son los agentes de esa transformación y el tipo de ideología que ellos profesan.

Sin embargo, el actual giro tiene muchos puntos en común, algo que ha sido, de manera definitiva, impulsado por internet.

¿Una nueva derecha?

Existe un conglomerado ideológico más o menos coherente al que se denomina la nueva derecha, en el cual se mezclan ideas conservadoras, libertarias y reaccionarias. A esas ideas se les suman otras que remiten a la apología de la eugenesia y de la segregación racial que hacen que la nueva derecha coquettee, de manera consciente o inconsciente, con constructos que remiten al nazismo y al fascismo.

Eso no quiere decir que las personas que se interesan por las ideas de la nueva derecha necesariamente simpatizan con las ideas de segregación o supremacía racial, nazi o fascista. El problema, más complejo, es que esas ideas circulan sin oposición en los medios de

la nueva derecha, frecuentemente defendidas bajo el argumento de la libertad de expresión.

Una idea para discutir es cuánto difiere la nueva derecha de la «antigua derecha», o sea, de la derecha que emergió después de la II Guerra Mundial. Es probable que la diferencia más significativa entre ambas esté en el hecho de que la nueva derecha rechaza la democracia liberal, o incluso, cualquier forma de democracia. El sistema político ideal parece variar entre un retorno del absolutismo y la «democracia» iliberal ideada por Viktor Orbán.

Y si la base del pensamiento de la nueva derecha es la ruptura con los presupuestos de la democracia liberal, es natural que se posiciona en contra de muchas de las conquistas progresistas del siglo XX: la Declaración Universal de los Derechos Humanos, los derechos laborales, todo el conjunto de derechos de las mujeres que vino de la revolución sexual, las instituciones políticas multilaterales a nivel internacional y, también, el derecho universal al voto y a la ciudadanía plena.

Lo que ofreceremos a continuación es un boceto de esas ideas, su origen y cómo impactan en el actual debate público. Vamos a abordar brevemente dos aspectos del pensamiento de esa nueva derecha: el realismo capitalista y su obsesión por cuestiones culturales.

1. Realismo capitalista y Estado

Una derecha dispuesta a tanta ruptura y que usa un lenguaje muchas veces contrarrevolucionario, transgresor o partidario de la insurrección podría considerarse como una amenaza o una incomodidad para el orden establecido, el capitalismo moderno. Sin embargo, el ataque a las instituciones y al orden esta-

blecido muchas veces tiene como objetivo justamente la remoción de barreras al poder corporativo, inspirado en la versión anglosajona del conservadurismo cultural mezclado con el liberalismo económico.

Si la Escuela de Chicago y sus principales nombres fueron instrumentales para la creación de un «nuevo liberalismo», el tan mencionado neoliberalismo, que encontró el consenso después de los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en la década de 1980, en la Escuela de Austria se encuentra el germen de las ideas de la nueva derecha respecto a la economía. Aunque la Escuela Austríaca haya sido una fuerte influencia para los economistas de la Escuela de Chicago y para la economía ortodoxa *mainstream*, la nueva derecha bebe hoy de sus exponentes más radicales, como Murray Rothbard y Hans Herman Hoppe.³⁹

¿Pero cómo es posible mezclar el libertarismo de la Escuela Austríaca con el proteccionismo de Donald Trump? No es tan simple. La visión económica de la nueva derecha tiene su principal punto en común con los exponentes de la Escuela Austríaca en el ataque al Estado como proveedor de bienes y servicios para todos los ciudadanos. Steve Bannon, exconsejero de Trump y actual agitador de la extrema derecha europea, se define como un «nacionalista económico» pero, al mismo tiempo, dice que su principal objetivo es el «desmontaje del Estado administrativo». Su mayor benefactor, el inversor Robert Mercer, es conocido por creer que los seres humanos tienen un valor equivalente a la riqueza que producen.

El Estado que debe ser atacado no es aquel de las máquinas de guerra, de la represión policial o el

39 Consultar, por ejemplo, Hans-Herman Hoppe, *Democracia: o Deus que falhou*, São Paulo, Instituto Ludwig von Mises, 2014, y Murray Rothbard, *A anatomia do Estado*, São Paulo, Ludwig von Mises, 2012.

de la falta de respeto hacia los ciudadanos. El Estado que será desmontado es aquel que, según esa visión, concedería demasiados derechos –o incluso cualquier derecho– a las personas o grupos «equivocados». Si el neoliberalismo desmontó el Estado de bienestar, la nueva derecha quiere atacar al Estado como ente que garantiza derechos civiles, derechos humanos.

2. La obsesión por las cuestiones culturales

«Existe un complot orquestado por marxistas para acabar con la cultura y la civilización occidentales. Cuando se dieron cuenta de que no conseguirían hacer la revolución tomando los medios de producción, los comunistas pasaron a usar estrategias culturales para derribar el capitalismo.» Ese es el lema de la nueva derecha sobre la cultura.

Y, dependiendo de quién divulgue la tesis que acabamos de presentar, se pueden incluir variaciones: el gran Caballo de Troya puede ser el flujo de refugiados, la agenda por los derechos de los homosexuales, los globalistas que administran la ONU, la música pop, lo políticamente correcto, la Escuela de Frankfurt, o cualquier cosa sobre el filósofo italiano Antonio Gramsci –que nadie parece haber leído pero aparentemente anticipó que la gran trinchera de la izquierda estaría en los videoclips de Pablló Vittar⁴⁰ o en los movimientos arrasadores de Anitta⁴¹–.

Sí. Existe una izquierda que se preocupa por cuestiones de representación e identidades y esta es una voz representativa e influyente justamente porque es una

40 Pablló Vittar es cantante y *drag queen*, y se hizo famoso en 2015 en Brasil con la canción *Open Bar* [N. de T.].

41 Anitta es una cantante brasileña que empieza a ganar fama internacional [N. de T.].

izquierda liberal, nacida de movimientos por los derechos civiles, cuya crítica al capitalismo (cuando existe) es, como mucho, reformista. Gran parte de las discusiones de las izquierdas en el mundo postsoviético fue guiada por cuestiones como democracia representativa, medio ambiente, derechos humanos, multiculturalismo, voto, representación y reparación histórica.

Cuando hablan de esa izquierda postsocialista de barniz liberal, se refieren principalmente al movimiento que empezó en EE.UU. y en Gran Bretaña, con Bill Clinton y Tony Blair en los años 1990 e inicios del siglo XXI. Los llamados gobiernos de la tercera vía adoptaban políticas sociales progresistas junto a políticas fiscales liberales. Cuestiones identitarias, a su vez, se volvieron cada vez menos influyentes en los movimientos colectivos y cada vez más centradas en discusiones sobre subjetividad individual.

En América Latina, los ciclos progresistas fueron levemente diferentes, centrados en políticas redistributivas y pocas reformas de hecho significativas. El fenómeno político más parecido a las viejas izquierdas en muchas décadas fue el chavismo (militarista, nacionalista, hecho como política de masas) que, entre los muchos descarríos de Venezuela, en seguida se volvió una evocación reduccionista ante cualquier movimiento político de la izquierda.

Una vez que el *establishment* financiero y empresarial abrazó, en alguna medida, ese neoliberalismo progresista, los conservadores necesitaban una nueva narrativa que relacionase a sus adversarios de la izquierda con los temibles soviéticos. Consiguieron, con un inmenso éxito, envilecer las políticas que implicaban a inmigrantes y refugiados, homosexuales y minorías étnicas bajo el signo de que todo eso no era más que

una conspiración «comunista» para erosionar a la «civilización occidental» y, junto con ella, al capitalismo.

Este mundo feliz es el que le permite a Michel Houellebecq fantasear sobre la Hermandad Musulmana ganando las elecciones francesas, pero no le permite ver la reedición de una distopía frente al ascenso de partidos de derecha ultranacionalistas y neofascistas en el Viejo Continente. Es el mundo en el cual el brasileño conservador imagina que Donald Trump, Marine Le Pen, Viktor Orbán o Andrzej Duda serían sus héroes por su supuesta «defensa de los valores cristianos».

En el último Fórum de la Libertad (abril de 2018), un evento que reúne a los «liberales» brasileños, el discurso del entonces presidenciable Flávio Rocha fue un ejemplo perfecto de ese juego. Después de una enorme parte de su discurso dedicada a los méritos de la economía de mercado y a la alabanza de su propio éxito empresarial como «creador de riqueza y empleos», Flávio Rocha señaló que las acciones de fiscalización de irregularidades en sus fábricas de costura serían parte de una «cultura perversa». Lo mismo valdría para todos nuestros problemas de seguridad pública.

En este nuevo macartismo impresiona la capacidad de crear un enemigo a partir... de nada. «Ellos están denigrando los valores fundamentales de la sociedad porque Gramsci lo dijo». «ELLOS, los sin vergüenzas inmorales, NOSOTROS, los productores de riqueza y defensores del orden.» ¿Has tenido problemas con la ley porque tus trabajadores se están quejando? Es culpa de la cultura estatal que retrasa a Brasil. ¿Problemas con la inoperancia de la policía en las investigaciones? Es culpa de una «cultura de socialización de la responsabilidad». Cualquier cosa, cualquier problema

brasileño es culpa «de ellos», que «corroen los valores de la sociedad».

Citando al propio Flávio Rocha: «El fantasma que nos asola ante estas elecciones [de 2018] es el fantasma del marxismo cultural». Más tarde él complementa eso con algo sobre «desordenar para dominar y erosionar a la familia» y que Antonio Gramsci sería «el más sórdido de los intelectuales».

La idea de un «marxismo cultural» como conspiración parece nueva, pero empezó con la reedición de una teoría de la conspiración de la década de 1930: la del bolchevismo cultural. Acarreaba la misma obsesión discursiva por una supuesta erosión de los «valores tradicionales» promovida por una «cábala de intelectuales». El término *Bolchevismo cultural* fue ampliamente utilizado por la propaganda del Partido Nazi y por otros gobiernos de extrema derecha europeos para denunciar los movimientos vanguardistas como parte de una «conspiración bolchevique» para erosionar el arte y la cultura europea.⁴²

Quien trajo la narrativa del marxismo cultural de vuelta al *mainstream* político fueron dos ideólogos conservadores norteamericanos: Pat Buchanan y William S. Lind.⁴³ Ambos formaron parte de un esfuerzo para crear un «conservadurismo cultural» como estrategia electoral. Con el inminente final de la Guerra Fría, era

42 La ilustración de la proximidad de las teorías conspiratorias del «marxismo cultural» y del «bolchevismo cultural» por medio de aquella frase del *Mein Kampf* fue adaptada de un video hecho por Daniel (Three Arrows), otro anónimo dedicado a pensar sobre los meandros extraños de la Nueva Derecha. Ver «How 'Cultural Marxism' became the Far-Right's Scapegoat», en el canal Three Arrows de YouTube.

43 Ver los artículos de Grant M. Dahl, «Buchanan: 'Cultural Marxism' Has Succeeded Where Marx and Lenin Failed», *CNS News*, 19 de octubre de 2011, y de William S. Lind, «What is Cultural Marxism», *Maryland Thursday Meeting*, *s/d*, ambos disponibles *online*.

necesario crear una estrategia electoral que estuviese distante del debate económico, ya que el liberalismo se había convertido en consenso en la derecha y en la izquierda anglosajona. Lind creía que era más importante que los conservadores abrazasen una política más centrada en valores culturales (educación, familia, moralidad). La idea de un «marxismo cultural» creaba un adversario comunista prácticamente omnipresente: en la educación pública, en los medios, en los activistas por los derechos civiles, en la industria del entretenimiento etc.

Lo más peligroso alrededor de esa aceptación *mainstream* de la teoría de la conspiración del marxismo cultural es que ella trae consigo otras ideologías del «nazifascismo»: la aceptación de teorías de la degeneración (cultural y, en el caso del mundo euroamericano, racial), o la obsesión con teorías de la conspiración superficiales que repiten que «ellos» estarían intentando destruirte, amenazar a tu familia, tu propiedad y tu vida. Como de costumbre, ese «ellos» siempre tiene que ser un poco vago, amplio y maleable: profesores adoctrinadores, artistas degenerados, banqueros socialistas o los internacional de la ONU.

¿Creéis que es una exageración? Analicemos el siguiente fragmento:

La doctrina [universal] del marxismo rechaza el principio aristocrático de la Naturaleza, colocando, en lugar del privilegio eterno de la fuerza y el vigor del individuo, a la masa numérica y su peso muerto. Niega así en el hombre el mérito individual, e impugna la importancia del Nacionalismo y de la Raza, quitándole con esto a la Humanidad la base de su existencia y su cultura. Esa doctrina, como fundamento del Universo, conduciría fatalmente al fin de todo orden natural concebible. Y así como el resultado de la aplicación de una

ley semejante en el más grande organismo conocido como es la Tierra solo podría provocar el caos, también significaría el hundimiento de sus propios habitantes.⁴⁴

¿Suena familiar? ¿Suena a algo que un pensador contemporáneo diría? Pues bien: esto es un fragmento del segundo capítulo del *Mein Kampf*, de Adolf Hitler. La única diferencia es que en este fragmento se ha cambiado el término «judío» por «universal».

¿Cuál es la solución del *establishment* conservador para ese obvio problema de una creciente identificación de la nueva derecha con el nazismo? Decir que tanto el fascismo como el nazismo serían fenómenos de la izquierda, citando otros apartados en los que Hitler es crítico con algunos aspectos del capitalismo o del sistema financiero. Es obvio que esto no funciona y que cualquiera se va a dar cuenta de los otros miles de apartados en los cuales la ideología es claramente anticomunista, conservadora, defensora de la propiedad privada o de los medios de producción. Sin embargo, ese es uno de los medios por los cuales le es posible a la extrema derecha buscar conservadores para sus filas.

Más que simplemente anticomunistas, la nueva derecha flirtea con ideas del neofascismo y, consciente o inconscientemente, contribuye a normalizarlas. Cuando se les critica por ese aspecto se refugian en cuestiones como «libertad de expresión» y de una supuesta «hegemonía de la izquierda». Por incapacidad o intencionalmente, hacen que las peores pesadillas de la humanidad vuelvan al orden del día, y debidamente legitimadas.

44 Fragmento extraído del libro *Mein Kampf* [Mi lucha], de Adolf Hitler. Disponible en el siguiente enlace: <https://eldiariodeadolf.com/mein-kampf.pdf> [última visita: 30 de septiembre de 2019] [N. de T.].